

PINOCHO

AÑO. III
NUM. 140

25 cts

23. OCTUBRE
1927



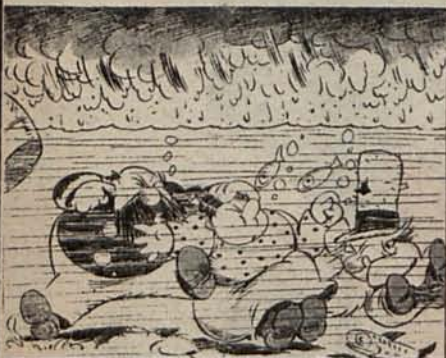
¡COMO! ¿AHORA ME DEVUELVES EL PARA-
GUAS QUE TE PRESTÈ HACE QUINCE DIAS?
¡CLARO! DESDE ENTONCES NO HA DEJADO
DE LLOVER~

PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL BISONTE NEGRO

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Conclusión.)

le el pecho. Los caballos tampoco se encontraban en buen estado. Respiraban afanosamente, sacudiendo de vez en cuando la cabeza y salpicando de espuma su alrededor. Parecía inminente su caída de un momento a otro, pues se hallaban completamente exhaustos por aquella frenética carrera que duraba desde el amanecer.

Sam y el indio, viendo que también el bisonte daba señales inequívocas de cansancio, no cesaban de espolear a los caballos, resueltos a perder sus cabalgaduras antes que renunciar a la captura del precioso animal.

—Ya no puede más —dijo el *cow-boy* armando otra vez su carabina—. Empieza a resoplar y tiene tres palmos de lengua fuera. ¡Ya era hora!

—Sí —contestó *Pájaro Nocturno*—. Dentro de treinta minutos estaremos en posesión de su preciosa piel.

—Y yo habré ganado mis cincuenta mil dólares.

—Yo habré hecho mi suerte —respondió el indio.

—Que no pienso disputarte.

—Pues el hermano blanco hará muy mal dejándome todo para mí solo.

—Me conformo con los dólares. Espolea, espolea a tu caballo.

—Es que noto que empieza a temblar.

—El mío también —respondió Sam.

—Pero el *bisonte negro* no debe hallarse en mejores condiciones. Si lográramos adelantar cien pasos más, probaría a disparar otra vez.

Pero aquellos cien pasos eran muy difíciles de ganar, pues a pesar de que el bisonte se mostrase fatigado, seguía manteniendo siempre una distancia de quinientos o seiscientos metros entre él y sus perseguidores.

De vez en cuando volvía la cabeza, y al cerciorarse de que había perdido terreno hacía un esfuerzo desesperado para volverlo a ganar.

Corría a través del bosque de arces en línea recta, cosa fácil puesto que estos árboles crecen a distancia uno de otro.

La cara del indio iba ensombreciéndose por momentos y su mirada se volvía más profunda. La dirección que iba tomando el animal no le hacía maldita la gracia.

Transcurrió otra hora. Los caballos empezaron ya a resoplar, disminuyendo su marcha. Tenían los ojos inyectados en sangre, y a cada momento se les sentía vacilar como si fueran a caerse para no levantarse más.

Habían llegado cerca de otro pequeño lago, cuyas orillas estaban también cubiertas de árboles. El *bisonte negro* parecía cansadísimo.

Mugía sordamente y echaba abundantes espumarajos por la boca.

De repente se paró. Dió la vuelta y se plantó inmóvil de cara a

los jinetes, amenazándoles con sus formidables cuernos. Durante un momento permaneció en aquella arrogante postura. Después emitió un largo mugido, hizo retremblar el suelo bajo sus plantas y por fin se vino al suelo, quedando inmóvil.

Sam lanzó un grito de triunfo, que fué contestado por grandes alaridos.

Se veía acudir corriendo numerosos indios que salían de lo más intrincado del bosque. Parecían presa de una gran excitación y agitaban lanzas y escudos.

—¡Los Siux! —gritó *Pájaro Nocturno*—. ¡Huyamos!

Espoleó su caballo; pero éste no se movió. Había inclinado la cabeza y su cuerpo temblaba. Volvió a espolearle y entonces el pobre animal cayó sobre sus rodillas. Al mismo tiempo el de Sam se caía también, vomitando sangre y espuma.

—Estamos perdidos —exclamó *Pájaro Nocturno*—. Hemos matado el alma del gran jefe de los Siux.

Los indios acudían a todo correr. Eran por lo menos doscientos, todos armados, y tenían unas caras horriblemente tatuadas, llevando en la cabeza adornos de plumas.

Al momento rodearon a Sam y a *Pájaro Nocturno*, amenazándoles con sus lanzas y escudos.

—¿Qué es lo que pretendéis? —les preguntó Sam—. Yo soy un hombre blanco que no busca la guerra contra sus hermanos los pieles-rojas.

Un indio viejo, adornado de oropeles y que cubría su espalda con extraño trofeo de plumas de avestruz, se encaró con el *cow-boy* y dijo:

—Tú has matado al *bisonte negro*, que albergaba en su cuerpo el alma

de O-ma-tua, el gran jefe de los Siux.

—Yo le he perseguido porque quería cazarle —respondió Sam—, no se trata más que de un magnífico bisonte.

—El indio que te acompaña debía saber que era un animal sagrado.

—Yo lo ignoraba —balbuceó *Pájaro Nocturno*.

—¡Mientes! Todas las tribus indias saben que O-ma-tua, por obra del Gran Espíritu, había encarnado en un bisonte. Tú lo has matado, y nosotros queremos vengar su muerte.

—¡Vamos a verlo! —gritó Sam levantando su carabina.

A una señal del jefe, veinte manos cayeron sobre él, desarmándole. El *cow-boy* no tuvo tiempo de hacer el más mínimo movimiento de defensa antes de hallarse fuertemente atado. Con *Pájaro Nocturno* habían hecho lo mismo.

Ambos fueron luego colocados sobre una especie de angarillas, construidas por algunas ramas, y de este modo los transportaron





a través del bosque. Después de unos minutos de marcha, los indios llegaron a su poblado, formado por un centenar de tiendas cónicas, dispuesta en círculo, en el centro del cual se destacaba un palo pintado de rojo.

Los dos prisioneros fueron llevados a una de las tiendas, y allí les dejaron custodiados por algunos guerreros ancianos.

—El hombre blanco puede empezar a encomendar su alma al Gran Espíritu —dijo *Pájaro Nocturno*—. Los Siux no le perdonarán ni a mí tampoco.

—¿Y ésta es la maravillosa suerte que me prometías? —gritó Sam—. Tus adivinos son unos grandísimos embaucadores. El *bisonte negro* ha muerto y nosotros estamos también en trance de irnos al otro mundo. ¡Vaya una suerte!

—Hemos tenido la desgracia de dar con los Siux. Si no nos hubieran descubierto, a estas horas estarías en poder de la famosa piel del bisonte.

—Y tú gozando del placer de hacer te martirizar atado al palo —dijo irónicamente Sam.

—En el dominio del gran Monitu seré más dichoso —respondió el indio.

Un ensordecedor griterío interrumpió la conversación. De todas las tiendas iban saliendo hombres, mujeres y niños gesticulando, agitándose afanosamente y dando alaridos.

Todos se dirigían a la plazoleta, rodeando el palo del suplicio.

Sam, que lo estaba contemplando todo a través de un desgarrón de la tienda, se volvió hacia *Pájaro Negro* diciéndole:

—Mi querido piel-roja, creo que ha llegado tu última hora.

El indio se levantó entonces mostrándose impasible, y dijo con la mayor tranquilidad:

—Sabré demostrar a los Siux cómo sabe morir un Apache.

Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando entraron en la tienda cuatro guerreros, y cogiendo al indio lo sacaron fuera, siendo acogida su presencia por un griterío ensordecedor de toda la tribu.

Entonces fué cuando Sam se dió cuenta de que el cadáver del *bisonte negro* había sido colocado ante el palo de tortura.

A pesar de hallarse ya resignado a sufrir su suerte, no pudo reprimir un escalofrío que pareció helarle el corazón.

—Se acabó —murmuraba—. Procuremos al menos enseñar también a esos salvajes cómo saben morir los blancos. ¡Maldito animal! ¡Y eso que había de traernos suerte!...

Pájaro Nocturno conservaba todavía su sangre fría con un gesto de desprecio. Fué atado al palo, y entonces empezó a cantar el himno guerrero de su tribu a toda voz, como desafiando a sus enemigos:

—*Pájaro Nocturno* —exclamó— es un gran guerrero que jamás ha temido a la muerte. Soportaré el suplicio de los Siux con la sonrisa en los labios, puesto que he logrado matar el espíritu de su Gran Jefe ¡Os desprecio a todos!

Un clamor espantoso acogió estas palabras, y el jefe de la tribu se le acercó con una cachiporra levantada.

—¡Perro! —gritó—. ¡Yo te sacaré a ti el Espíritu del cuerpo, y luego te arrancaré la cabellera!

Y con certero golpe de su arma le aplastó el cráneo. Luego sacó un cuchillo y con gran destreza desolló la cabeza, enseñando la cabellera a la turba exaltada.

El cadáver del desgraciado piel-roja fué despedazado, echando los restos al bosque para que sirviera de pasto a las fieras.

Sam, aterrado, no se había atrevido a protestar contra aquel abominable asesinato, y esperaba que llegara ya su turno cuando el jefe le dijo:

—Hoy el piel-roja; mañana el blanco. El uno precederá al espíritu del Gran Jefe y el otro le seguirá.

Era una tregua de doce horas que Sam se prometió aprovechar.

Por lo tanto, se dejó conducir otra vez a la tienda, empezando a discurrir el medio de evadirse. No quería ya de ningún modo correr la misma suerte del pobre *Pájaro Nocturno*. No tuvo que arrepentirse de su firme resolución.

Los indios, seguros de que estando atado como estaba no podría intentar la fuga, se habían retirado a sus tiendas para descansar, después de la comida, dejando sólo dos guerreros para vigilar al prisionero. Sam, advertido de ello, se dedicó a romper sus ligaduras rozando las correas que sujetaban sus brazos. Le costó mucho, muchísimo trabajo; pero por fin a media noche se hallaba completamente libre.

Los dos centinelas, acurrucados ante una hoguera, no se habían dado cuenta de nada. El *cow-boy*, haciendo uso de una astilla afilada que halló por casualidad a mano, rasgó con suma precaución la tela de la tienda por el lado opuesto a donde estaban los centinelas, y luego, silenciosamente y con gran prudencia, salió a cielo abierto.

Había ya notado que allí cerca había un cercado en el cual se hallaban algunos caballos. Entrar en él, montar en la grupa del más robusto y partir en desenfadada carrera, fué todo uno.

Se creía ya a salvo cuando oyó dos disparos de fusil, al mismo tiempo que sentía un agudo dolor en el brazo derecho. Los centinelas se habían percatado de su huida y daban de aquel modo la voz de alarma; pero Sam, agarrado al cuello de su caballo, estaba ya muy lejos, y pronto desapareció de la vista de sus perseguidores en dirección al lago. Dos días después, desangrado, casi exhausto y con el brazo dislocado, llegaba por fin al rancho de su amo.

No murió a consecuencia de aquel lance; pero hubo necesidad de amputarle el brazo para evitar la gangrena.

No le han quedado a Sam ganas de volver a perseguir a los bisontes; no habiendo llegado aún a consolarse del fracaso de aquella aventura. Todavía hoy día repite con cierta tristeza al ver su brazo mutilado: «—¡Y pensar que el bisonte tenía que proporcionarme la fortuna! ¡Al diablo con los adivinos de los pieles-rojas y sus fantásticas leyendas!»





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
 —Hoy quiero que me digas, amigo buho, por qué es roja la sangre que corre por nuestras venas.
 —Porque contiene enorme cantidad de glóbulos rojos.
 —Está bien; pero como no sé qué son glóbulos rojos, me dejas en el mismo estado de duda en que me hallaba.
 —Los glóbulos son unas células vivientes que pueblan el agua y otras muchas substancias, entre ellas la sangre.
 —Pero el agua no es roja, querido buho.
 —Eso es debido a que los glóbulos que viven en ella no son rojos, y los de la sangre, sí.
 —Bueno, pues empieza por explicarme qué cosa son los glóbulos; y luego ya veremos por qué unos son rojos y otros no.
 —Ya te he dicho que son células vivientes. En la Naturaleza hay cosas que viven, como, por ejemplo, nosotros; y cosas que no tienen vida, como el hierro, la piedra, la madera. Estos cuerpos, llamados inorgánicos o materias muertas, constan de unas partes pequeñísimas llamadas átomos, que hay que descubrir con el auxilio de un buen microscopio. En los seres que tienen vida, como el hombre, los animales y las plantas, estos átomos se llaman células o glóbulos. En los vegetales, estas células son de colores diversos, lo que hace que exista esa variedad de colorido en las flores. La materia verdosa que da color a las células de las hojas y de los tallos se llama *clorófila*.
 —Eso ya lo sabía yo por ti mismo. En otra charla me hablaste de ello.
 —Pues ahora imagínate que el hombre y los animales son plantas, cuyas células o glóbulos son rojos. ¿Qué pasará?
 —Que los hombres y los animales serán rojos. Pero esta consecuencia no me convence, porque ni tú ni yo somos rojos.
 —Si la sangre bañase nuestra materia, del mismo modo que la clorófila baña a las plantas, seríamos intensamente rojos. Pero la sangre va canalizada por unos estrechos conductos, que se llaman arterias y venas, y esto impide que nuestro color sea tan rojo como es la sangre.
 —¿Y por qué son rojos los glóbulos de la sangre?
 —Porque contiene bastante cantidad de hierro, y este metal en su estado nativo es rojo.
 —¿Y nada más que hierro hay en la sangre?
 —Hay muchas cosas más. La substancia que encierran los glóbulos se llama *hemoglobina*, y es un compuesto químico de los más complicados que se conocen. En cada molécula de *hemoglobina* hay más de mil átomos de substancias diversas: oxígeno, nitrógeno, ácido carbónico, hidrógeno, hierro, etc.
 —¿De dónde salen tantas cosas, amigo buho?
 —Del aire, de los alimentos, de nuestras glándulas y de nuestros huesos. De todas esas substancias, la más interesante para la vida, es el hierro. La salud se revela por la abundancia de glóbulos rojos en la sangre. Por eso es bueno nutrirse de alimentos que sean ricos en hierro.
 —Dime cuáles son, para no perderlos de vista.
 —El pan, el arroz, la leche, las patatas, los huevos y otros muchos más.
 —Todos los que me has citado son precisamente de mi gusto.

Sobre todo la leche; y las natillas, que se hacen con huevos y leche; y el flan, que se hace con lo mismo; y el arroz con leche. Conque ya ves qué acierto has tenido.

—Eres un goloso, Chonón. Te advierto que los guisantes y las lentejas contienen también mucho hierro. ¿Te gustan?

—Sí, señor. Yo soy un niño a quien le gusta todo; pero unas cosas más que otras.

Los glóbulos rojos se forman en el interior de los huesos. Tú ya sabes que éstos son como canutos, cuyo hueco está lleno de una substancia llamada medula. Esta es la que suministra constantemente nuevos glóbulos rojos. Esta renovación es indispensable para nuestra vida, porque la del glóbulo rojo es muy corta, pues sólo dura unas semanas, y a veces unos días, y si no hubiese repuesto, sucumbiríamos por falta de alimento en nuestra sangre.

—¿Y qué forma tiene un glóbulo rojo?

—Es redondo, aplastado y hundido por su centro. Su color es amarillento.

—¿Pues no dices que son rojos?

—En uno solo no se puede apreciar esta coloración; pero agrupados en millones, dan un tinte rojo muy subido. Ocorre lo mismo con el aire; sus partículas, analizadas aisladamente, no tienen color alguno, y, sin embargo, todas unidas dan al firmamento ese bello color azul que todos admiramos.

—Y dime, querido buho, ¿qué hemos de hacer para conservar bien nuestros glóbulos rojos?

—Sobre todas las cosas, dar a la hemoglobina su principal alimento, que es el oxígeno. Un aire viciado envenena la sangre. Después, procurar que la alimentación sea rica en materias sanas y nutritivas.

—Se me ocurre una duda, querido buho, y es la siguiente: me has dicho que la sangre corre encerrada por el interior de unos conductos llamados arterias y venas.

—Así es.

—Pues entonces, ¿cómo llega hasta ella el oxígeno?

—Hay un órgano llamado pulmón, que está lleno de pequeñísimas celdillas, donde llega el aire que respiramos. A estas celdas llega también la sangre, y después de dejar en ellas las materias que no le sirven, hace su provisión de oxígeno y emprende de nuevo el viaje a través de todo el cuerpo.

—¿Y no para nunca de viajar?

—Si parase, nos moriríamos en seguida. En cada vuelta completa por el cuerpo viene a tardar unos cuatro minutos. Este movimiento circulatorio lo impulsa el corazón, que es el motor de nuestra vida.

—Y al corazón, ¿quién le hace andar?

—Este órgano se mueve con energía propia. Está dotado de unos músculos que lo agitan constantemente, hasta el punto de que un corazón desprendido del cuerpo puede vivir unos segundos a impulsos de su propia energía.

—¿Tú has visto eso?

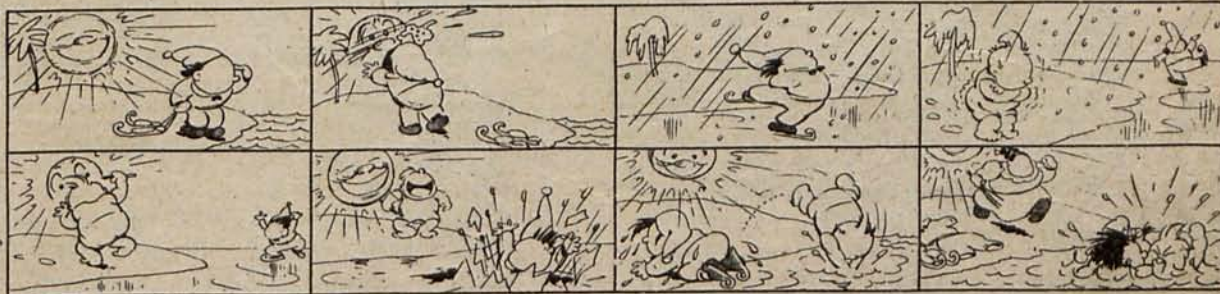
—Yo no lo he visto; pero me consta que se ha hecho el experimento con algunos animales, y se ha comprobado que sucede así.

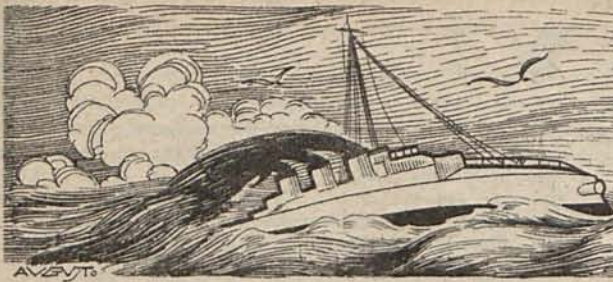
—Es curioso y admirable.

—Todo en la Creación es grande, amigo Chonón.

—Hasta las cosas más pequeñitas, querido buho.

¿QUÉ PINOCHILTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?





EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación)

—Seguramente. No hay más que recorrer el torpedero.
—¡Conozco un medio mucho más sencillo!
—¿Cuál? Haced el favor de decírmelo.
—Interrogar al maquinista, que debe saber muchas cosas.
—¿Creéis que hay alguien escondido a bordo?
—Así lo espero.
—¿Lo esperáis?... No comprendo.
—Lo comprenderás más tarde, Collap. Ahora déjame obrar a mi.
El capitán se acercó al maquinista, hombre de unos treinta años, rubio, de aspecto inteligente y ojos vivos y penetrantes.
—Señor —le dijo con cierta cortesía—, estoy verdaderamente contento de no haber tenido que recurrir a la violencia para obligarle a cumplir con su habitual ocupación y le ruego que acepte mi agradecimiento.
—He obedecido a la fuerza —contestó el oficial con moderada altivez—. La fuerza está de su parte y la habríais empleado haciendo uso de toda clase de medios si no me hubiese sometido.
—Veo que es usted un hombre inteligente.
—Me adula demasiado.
—Dejemos esto. Tengo necesidad de ciertos informes. ¿Está dispuesto a proporcionármelos?
—Estoy en su poder y no veo el modo de negarme a ello.
—Perfectamente. Hace poco, ¿no habéis oído un grito?
—Sí.
—¿Quién lo ha lanzado?
—Alguno de los marineros encerrados en la bodega. Rodolfo de Barenval pareció sorprenderse.
—¿Cómo! ¿Hay aquí presos?
—Sí.
—¿Cuántos?
—Cinco.
—Todos ellos marineros.
—No; tres solamente.
—Y los otros, ¿qué son?
—Uno fogonero y el otro torpedista.
—¿Quiere decirme el motivo por el cual fueron encerrados en la bodega?
—Por insubordinación y actos de violencia contra oficiales.
—¡Diablo! La cosa es grave.
—Gravisima.
—Tendrán que comparecer ante el consejo de guerra...
—Sí, y alguno de ellos corre el riesgo de ser condenado a pena de muerte.
—Estoy contento de saberlo —dijo el capitán dirigiéndose a la puerta—. Muchas gracias, señor ingeniero.
Al oír estas palabras, el maquinista se estremeció.
—¿Adónde va? —preguntó.
—A ver quién ha gritado.
—¿Solamente?
—Es usted más mal pensado de lo que creía.
—¿Vais a libertar a aquellos cinco bandidos?
—Lo ha adivinado.

—No, no lo hagáis; son unos canallas...
Barenval sonrióse.
—Tanto mejor.
—Son capaces de matarnos a todos.
—No temáis; voy a ganarme su amistad.
Y el capitán, satisfecho de aquella conversación, salió; pero en vez de bajar a la bodega, subió al puente.

Amaneció, y el huracán, como ya hemos dicho, cesó. El torpedero, habiendo salido victorioso de aquella prueba terrible, seguía su marcha clavado cual una flecha hacia el cabo de York.

El océano estaba desierto; ni una sola vela, ni un solo penacho de humo.

Los fugitivos de Nou estaban solos y en libertad.

Rodolfo de Barenval, seguro ya de no ser molestado, disminuyó la velocidad y empezó una cuidadosa inspección de todo el barco.

—Ante todo visitó el almacén de prendas; hizo vestir a cada uno de sus secuaces el uniforme de marinero inglés y él se puso uno de lugarteniente de navío, que parecía cortado ex profeso; de allí pasó al armero, de donde cogió pistolas, municiones y hachas de abordaje para él y los cinco fugitivos, y dejando bien cerrada la puerta, puso en ella un centinela armado de carabina.

Tomadas estas precauciones preliminares, inspeccionó la despensa, las carboneras, las cámaras, la caja, la batería de tiro rápido, los tubos lanzatorpedos, todo, en suma.

Restregábase las manos con la alegría infantil de un pilluelo que logra poseer un juguete complicado y algo peligroso; y tocaba todas las cosas, acariciaba los relucientes cañones, los torpedos brillantes y dorados, los metales de todas clases con amantes caricias, cual si se tratase de una cosa sensible y viviente.

De vez en cuando murmuraba:

Todo esto es mío, soy el amo y pobre de aquél que se atreva a tocarlo...

Transcurridos aquellos momentos de embriaguez, Rodolfo de Barenval volvió a ser el hombre de antes, y después de poner un centinela sobre cubierta y otro en las máquinas, marchó a la bodega seguido de Maurical y de Collap, a quien había conferido el grado de ayudante.

Llegó a uno de los compartimentos interiores, cuyas puertas, cerradas sólidamente, tenían, a la altura de un hombre, dos agujeros del tamaño del círculo que puede formarse uniendo los índices y pulgares de las dos manos.

Acercóse a uno de los agujeros y miró adentro; reinaba una semiobscuridad, interrumpida por la débil luz que entraba por las dos aberturas.

—¡Maurical! —exclamó—, ve a ver si encuentras una lámpara.

El joven obedeció.

Mientras esperaba, Rodolfo de Barenval siguió examinando el interior, tratando de ver quién había, y sus ojos,

acostumbrándose a la obscuridad, empezaron a vislumbrar vagas formas humanas, esparcidas acá y acullá desordenadamente.

Percibiase apenas una respiración regular y acompasada de unas cuantas personas sumergidas en el sueño, alguno que otro ruido metálico y algún ronquido.

—¿Duermen? —preguntó Collap.

—Sí.

—¡Pobre gente! No habrán dormido durante la noche.

—Figúrate; con el tiempo que hemos tenido...

En este momento volvió Maurical con un farol encendido.

Collap, a una seña del capitán, abrió la puerta, apartándose para dejar entrar a Barenval y a su compañero

Los cinco ingleses, despiertos por el ruido, miraban a aquellos desconocidos entre asombrados y temerosos.

El capitán se dió cuenta de que cada uno de ellos llevaba en las muñecas y en los tobillos los horribles instrumentos de tortura y de vergüenza que se llaman *cadena*.

—¡Collap! —gritó.

El ex presidiario apareció.

—¿Qué queréis, comandante? —preguntó.

—Liberta a estos hombres.

—¿A todos?

—Sí.

El ayudante quitó la cadena a cada uno de los cinco ingleses; pero al soltar al último se dió cuenta de que estaba herido en la cabeza y que la sangre le corría por la cara.

—Hay un hombre herido —dijo.

—Será el que ha lanzado el grito.

—Sin duda alguna.

—Llevalo a la enfermería.

Y dirigiéndose a los otros cuatro les dijo:

—Muchachos, salid. ¡Desde este momento estáis en libertad!

VI

Hacia el mar de la Sonda.—Los rebeldes.—¿Quiénes sois? Conversación interrumpida.—La isla de Celebes.—El soberano de Tomini y el «arung» Sudharah.—Odio malayo. Lucha de carbón entre un vapor y dos barcos piratas.—El recurso de Fileas Fogg.—¡Un cañonazo!

Dos días después de aquellos sucesos el torpedero atravesaba el estrecho de Torres, pasando a la vista de las costas meridionales de la Nueva Guinea con rumbo al mar de la Sonda.

El marinero de la frente rota, asistido amorosamente por el astuto capitán, encontrábase ya convaleciente y juraba eterna gratitud a su salvador.

Rodolfo de Barenval le había preguntado cómo se había producido aquella herida, y el joven le contestó que había dado con la cabeza un golpe violento en la pared en uno de los fuertes movimientos del barco, lanzando por eso el grito y los gemidos que se oyeron en medio de la terrible noche.

La explicación era verosímil y el capitán no se metió a averiguar nada más.

Habiéndose levantado un viento favorable a la ruta, mandó que izasen una gran vela cuadrada en el palo del torpedero, para economizar combustible y conservar la mayor cantidad posible de él para el caso de un fuga rápida y repentina.

Contaba aprovisionarse audazmente en alguno de los depósitos que se encuentran en los puertos de las islas indias, y estaba estudiando el modo de hacerlo lo más rápidamente posible, cuando al cuarto día de navegación los cinco marineros rebeldes, que de algún tiempo andaban en secretos conciliábulos, le pidieron permiso para hablarle a solas.

Sin duda alguna, Rodolfo de Barenval esperaba que diesen aquel paso, porque accedió en seguida a recibirlos en el salón del comandante.

Sabía con qué clase de hombres tenía que tratar. En los libros de a bordo había encontrado ciertas notas capaces de hacer ruborizar a un presidiario: eran marineros procedentes de las compañías disciplinarias y destinados a acabar en galeras o en el patíbulo.

—Estamos en familia —murmuró con amarga filosofía, sentado detrás de su mesa de trabajo, en torno de la que estaban los cinco ingleses—. ¡Más vale así!

Después, levantando la voz les dijo:

—Amigos míos, ¿me habéis pedido una entrevista? Hablad, pues estoy a vuestra disposición.

Y examinó, con rápida y penetrante mirada, a aquellos jóvenes secos, rubios, de rostro clínico.

El marinero de la herida dió un paso adelante y le preguntó con aire entre respetuoso y petulante:

—Comandante, ¿es verdad que os habéis evadido de la isla de Nou?

—Sí.

—¿Y que os habéis apoderado del torpedero mediante un buen golpe de mano?

—Así ha sido, en efecto.

—¿Sabéis, comandante, que todo eso huele a fábula?

—Creo que os engañáis, toda vez que así ha sido, en realidad.

—Sea así, si queréis; ello no nos importa. ¿Tendrais la bondad de contestar a una pregunta?

—Con mucho gusto, si me es posible.

—Lo es.

—Entonces, preguntad.

—¿Qué intentáis hacer de este barco?

—¡Diablo! Ya que lo tengo, conservarlo.

Un murmullo acogió estas palabras y, al oírlo, arrugóse el entrecejo del capitán.

El joven inglés se apresuró a reanudar la interrumpida conversación.

—No tengáis miedo —dijo—. Ninguno de nosotros piensa en estorbar vuestra obra, y yo tengo el encargo de expresaros nuestro agradecimiento y admiración. Hablemos claro. No ignora el servicio que nos ha prestado, sin quererlo, y no ignora que cada uno de nosotros estaba destinado, si no a ser fusilado, a ser condenado a cadena perpetua.

—Lo sé.

—Pero vos mismo, ¿quién sois?

—¡El capitán Rodolfo de Barenval, comandante del *Torpedero de presa!* —contestó el ex forzado—. Señores, yo soy un bandido, un fugitivo que ha levantado entre él y la sociedad una barrera indestructible; un paria destinado a vivir en lucha continua con las cosas y los hombres, y a quien el porvenir reserva quizá un trono sangriento o una tumba entre las olas del océano. ¿Queréis más aclaraciones?

—Una pregunta, comandante, si lo permitis —replicó titubeando el conmovido marinero.

—Hablad.

—¿Cómo pensáis regular nuestra posición?

—Del modo que os parezca más oportuno.

—¿Nos desembarcaréis?

—Sí, si así lo deseáis.

—¿Y si quisiésemos continuar aquí, bajo sus órdenes, dispuestos a seguirle en cualquier empresa, cual perros fieles, prontos a morir con las armas en la mano y la sonrisa en los labios?

—Tened cuidado, que os podría coger por la palabra.

—Hacedlo, os lo suplicamos.

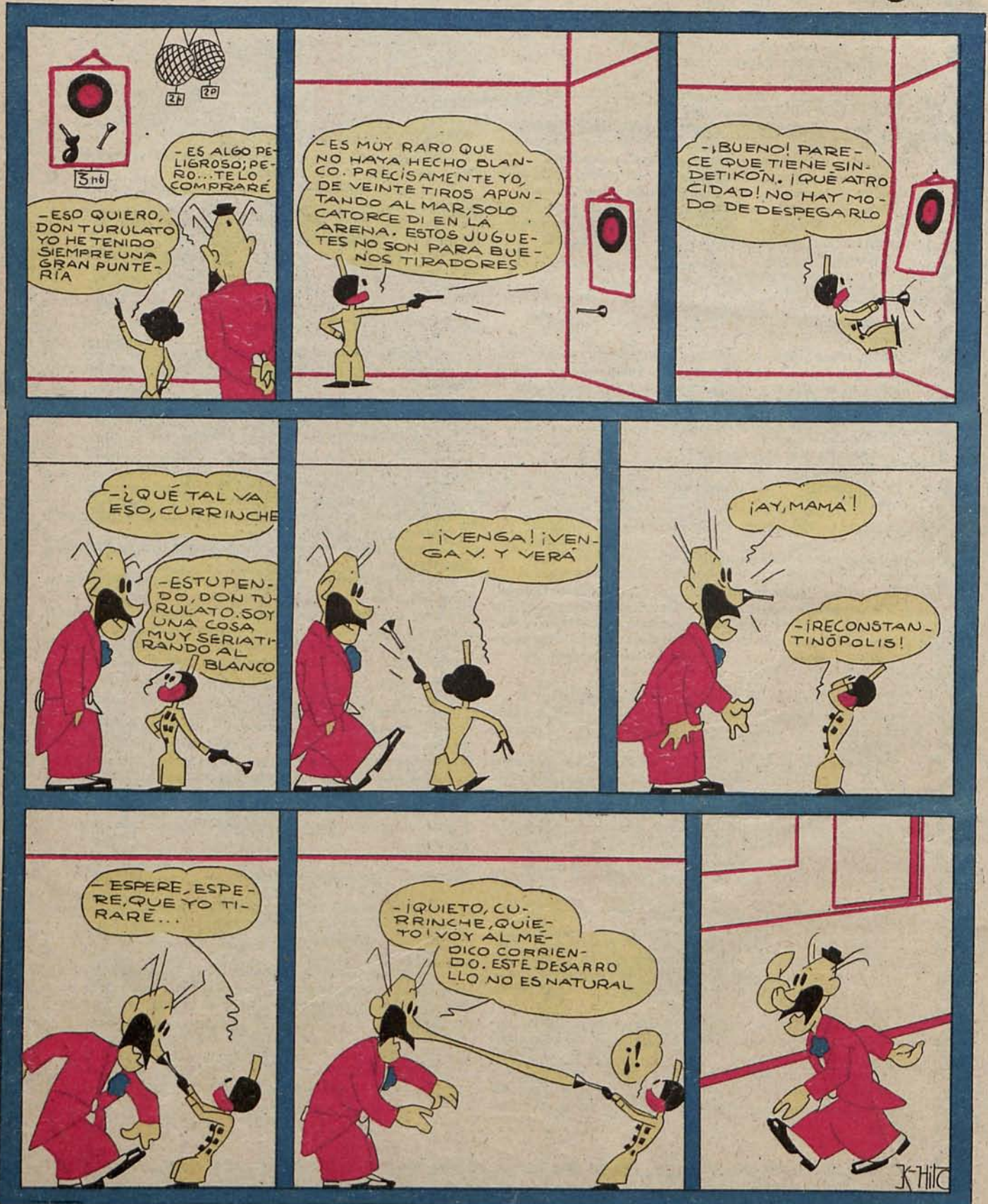
—¿Estáis decididos?

—Sí; no os abandonaremos, a no ser a viva fuerza.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



DESPUÉS DE TRES DIAS DE PEHALIDAS PUDIERON SALIR DEL BARRANCO NUESTROS AMIGOS. PERO DE PRONTO SE VEN RODEADOS DE COLUMNAS DE HUMO QUE SON SEÑALES QUE HACEN LOS SALVAJES PARA ATACAR A LOS EXPEDICIONARIOS.

¡ME PARECE QUE HE MORSALIDO DE UN MAL SITIO Y NOS HE MORMETIDO EN OTRO PEOR!

¡LOS BANDIDOS NOS TIENEN RODEADOS! ¿QUE HAREMOS?



¡AVANCEMOS Y VAYAMOS CON LOS OJOS MUY ABIERTOS!

¡NO NOS RENDIREMOS SIN LUCHAR COMO FIERAS!



¡QUE LA MALDICION DE LOS CIELOS CAIGA SOBRE ELLOS!

VEO A UN HOMBRE BLANCO MANDANDO A UNA LEGION DE SALVAJES. VIENEN HACIA AQUI.

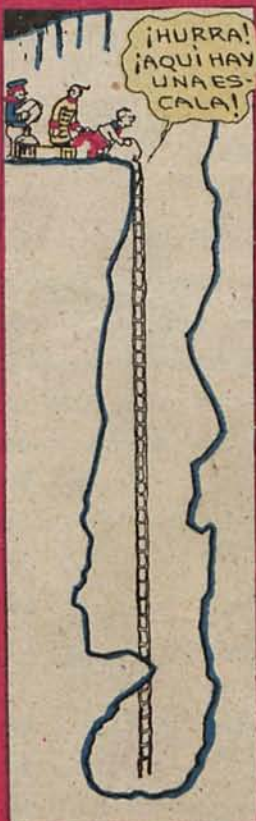


LO QUE VIO EL MARINOSAM CON LOS GEMOS!

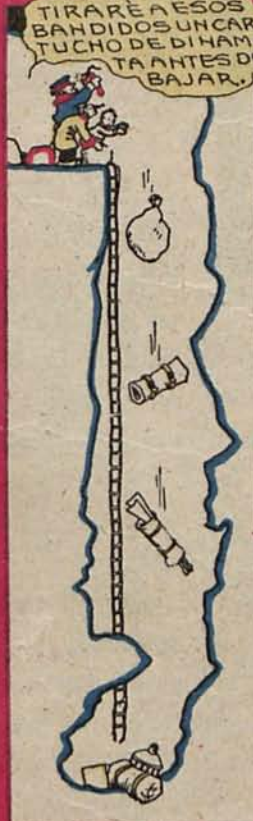


¡ESTAMOS PERDIDOS!

¡A CORRER TODO LO QUE PODEMOS!



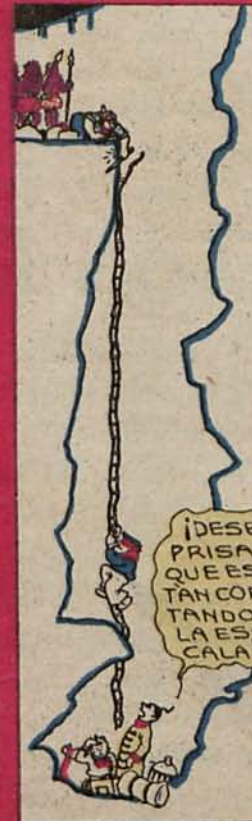
¡HURRA! ¡AQUI HAY UNA ESCALA!



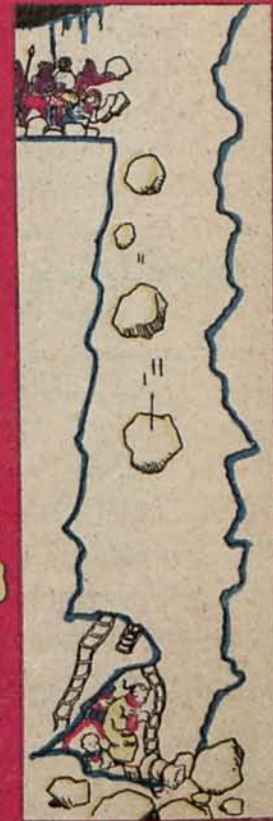
TIRARE A ESOS BANDIDOS UN CARUCHO DE DINAMITA ANTES DE BAJAR.



¡PUM!



¡DESE PRISA QUE ESTAN CORTANDO LA ESCALA!





CUENTOS DE CALLEJA

EL INFORTUNIO

Casillo

QUÉJANSE muchos continuamente de su mala suerte, imaginándose que sólo a ellos les suceden contrariedades y desgracias, y que todos los demás son felices, como si hubiera alguien completamente feliz en el mundo y el camino de la vida no estuviera lleno de espinas y abrojos para todos. La felicidad y la desgracia las llevan los hombres consigo. Está más en ellos mismos que en los sucesos. Un mismo acontecimiento puede ser bueno o malo, según a quien afecte. Se cuenta de un hombre muy rico que se murió de pena por haber perdido mucho de lo que tenía, quedando reducida su fortuna a veinte mil duros, y que un pariente suyo, que siempre había sido muy pobre, se murió de gozo al saber que lo heredaba. Hay quien todo lo convierte en desdichas por su carácter tétrico y melancólico, y, al contrario, quien se conforma con todo y hasta convierte lo malo en bueno por la condición alegre de su genio. Vamos a ver: considera toda esa gente que estás viendo ir y venir por la calle: ¿quién te parece el más dichoso de todos y quién el más desgraciado?

Los anteriores razonamientos los iba haciendo, en el lenguaje más comprensible, un caballero a su hijo, mientras paseaban por una de las calles más concurridas de la ciudad. La última pregunta la había formulado el padre hallándose ambos contemplando los dulces y golosinas de una lujosa confitería.

—Yo, la verdad —contestó el hijo—, creo que ese muchacho que está ahí dentro despachando dulces debe de ser muy feliz, porque podrá comer merengues y bombones de chocolate siempre que se le antoje.

Debe advertirse que Pepito, que así se llamaba el muchacho, sentía especial debilidad por los merengues y los bombones. Para él eran la felicidad completa. Tanto que, una vez, siendo muy chiquitín, entró en la habitación de su madre, a quien halló muy afligida, y no se le ocurrió otra cosa que ir en busca de su padre para decirle:

—Papá: yo quiero que traigan un paquete de bombones y una docena de merengues para mamá, que está llorando en su cuarto.

Si bien ahora no incurría en simplezas semejantes, la afición a las golosinas la conservaba en toda su fuerza.

—Pues mira —le dijo su padre—, para ese muchacho sería seguramente dura penitencia comer un solo dulce de los que hay en la tienda.

—¿Y por qué? —preguntó Pepito.

—Pues por estar siempre rodeado de ellos, tenerlos tan a la mano y estar obligado a pasarse el día despachándolos. Cuando las cosas se nos presentan en tales condiciones pierden todo



atractivo. Es una prueba más de la verdad de lo que te dije antes sobre no valer ninguna cosa por sí, sino por las circunstancias especiales con que se nos presentan. Lo que tú tanto aprecias, como los merengues y los bombones, no valen ya nada para ese chico. El tendrá otras predilecciones.

Siguiendo su camino pasaron Pepito y su padre por la puerta de una iglesia. Había allí un pobre ciego y sin piernas, pidiendo limosna.

—Ya sé quién es el más desgraciado de esta calle: ahí lo tienes. Ese pobre hombre, ciego y sin piernas, me parece que lo es bastante. Vamos a darle una perra gorda; le tengo muchísima lástima.



—Tén, dásela —contestó su padre, sacando una moneda del bolsillo—. Es una buena acción de tu parte que Dios agradecerá; pero tén entendido —prosiguió diciendo, cuando Pepito hubo cumplido su deseo y vuelto a su lado— que también te has engañado al creer que ese hombre es tan desgraciado como supones, aunque sea ciego y le falten las piernas. Yo lo conozco hace tiempo y sé su historia. En primer lugar, ha sido siempre un excelente hijo y un buen ciudadano que cumplió con todos sus deberes, lo cual da una tranquilidad de conciencia y una satisfacción verdaderamente envidiables. Ha hecho tanto por la sociedad en que vive, que cuanto se le dé es poco para pagarle. Ya sé que me dirás que le faltan los ojos y las piernas; pero te repetiré lo que antes te dije: que las desdichas no tienen más valor que el que les da el que las padece, y él está completamente resignado y conforme con no ver y con andar arrastrándose. No creas que soy cruel al asegurarte que es más dichoso que muchos que tienen todos sus miembros y sentidos. La Naturaleza es muy próspera, y cuando advierte una falta halla modo de suplirla y remediarla. A los ciegos se les afinan de modo prodigioso el sentido del tacto y el del oído, proporcionándoles gozos y satisfacciones de que no tenemos idea.

—Me has dicho que sabes la historia de ese pobre hombre: ¿querías contármela?

—Te la contaré en pocas palabras. Es una historia llena de peripecias. Era el hijo más pequeño de una pobre aldeana de la montaña, que se quedó viuda cuando él era muy niño, y que impedida después para trabajar y salir de casa por una grave enfermedad, se sostenía del trabajo de él y de otros dos hijos mayores que tenía.



» Cuando llegó él a los catorce años, pasó su madre por una situación apuradísima. El, antes de consentir que la llevaran al hospital, se decidió a sentar plaza de corneta en un batallón de Infantería, y entregó íntegra a su madre la prima que percibió por su enganche.

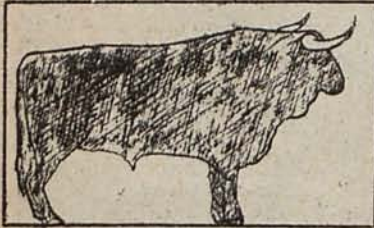
» Se distinguió por su buen comportamiento en el servicio militar; le hicieron cabo, y, por fin, tuvo que ir a la guerra, donde se portó valerosísimamente en varias acciones. Estuvo unos cuantos meses prisionero; fué libertado y volvió a tomar parte en las operaciones. Recibió los galones de sargento y varias cruces en recompensa de su valor; estuvo herido dos o tres veces en el hospital. Por último, en un encuentro en que se portó como un héroe y del cual habría salido con un grado más, una granada, que reventó a dos pasos de él, le dejó ciego y le llevó las dos piernas. Hoy, en la situación en que lo ves, todavía sostiene, con las limosnas que recibe, a su pobre madre, por lo cual está él satisfechísimo. Buen hijo, buen soldado y buen ciudadano, goza de una paz interior y de una tranquilidad de conciencia que muchos quisieran, aun a costa de los ojos y las piernas. Porque pobre, sin piernas y sin ojos, se puede vivir; y si se tiene alegre el corazón, hasta ser dichoso. En cambio, sin la paz del alma y sin la conciencia limpia, la vida es un tormento aunque se tengan ojos de lince, pies de corzo y más millones que pelos en la cabeza.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección, pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Toro bravo.
RAFAEL ESTÉVANES.



Don Turulato.
MANUEL MATOSSES.



Un castizo.
FRANCISCO MARTÍN.



¿En qué se parecen los quinqués a los cines?
Pues en que tienen pantalla.
MATILDE CABELLO.



Una admiradora de Pinocho.
M.ª LUISA ABADAL.



Un guerrero de Troya.
R. G.



Campesino tinerfeño.
CONCHITA SÁNCHEZ-PINTO.



Un rincón pintoresco.
JOSÉ CUESTA.



Escena militar.
JUANITO MARTÍNEZ.



El conejo sabio.
JUAN J. BORNOM.



Una parada.
R. GALBE.

El idioma español.

Un gitano quería convencer a un turista inglés de que el idioma español se aprende muy pronto, y para demostrarlo le decía:
—Fíjese, mister, en que todas las palabras terminan en on, como cañón, balcón, salchichón, bastón, portón, habitación y otras más que no digo a usted para no cansarle.
A lo que el inglés replicó:
—¿Y botella, no tener on?
—Ya lo creo que lo tiene.
—¿En dónde?
—En el tapón.



¡Hermoso día!
EMILIA MARTÍNEZ.



Chapete.
JUAN GIRALT.



Soldado griego.
MANUEL MARTÍNEZ.



Felipe II.
MANUEL NIETO MOLINA.

Dolly.

Tom era un hombre malo. Maltrataba a los animales. Tenía un perro llamado Dolly. Un día, porque el perro se puso malo, lo echó de su casa. Nadie quería coger al perro, pues como le veían varias heridas, hechas por el tío Tom, les daba repugnancia. Un día el tío Tom fué al bosque a por leña; pero un lobo apareció por entre la espesa hierba. Tom, que no llevaba arma alguna, creyó llegada la hora de su muerte; pero, apareciendo un perro, se abalanzó contra el lobo. Tom se espantó al ver aquella lucha. Al fin pudo el perro, Tom le miró y vió con horror que era su perro. Lo llevó a su casa. Le curó las heridas y se quedó con él. Jamás echó a aquel perro que expuso la vida por salvar a su amo.



Uzcudum.
MANUEL GIRÓN.



Un río.
R. G.

MANOLO ROBLES.
Diez años. Madrid.



Don Turu.
LUIS CASTELLÓN.



Lirio Blanco.
MANUEL M. ALCOLEA.

Cuento.

Erase una vez una niña llamada Mariquita, la cual era muy caprichosilla. Llegaba, o más bien dicho, se acercaba la noche de Reyes. La niña, siempre imprudente, creyó que los Reyes Magos le traerían algo. Se fué a acostar y por la mañana se encontró con los zapatos vacíos. Empezó a refunfuñar contra los Reyes Magos y a decirles toda clase de injurias, cuando de repente se abre la puerta y entra un ser que nos ha sido siempre muy simpático: Pinocho. Este entra graciosamente y deja en manos de la niña su revista favorita. La niña queda encantada y al día siguiente se suscribe a PINOCHO.



Un aeroplano.
R. G. PUEYO.

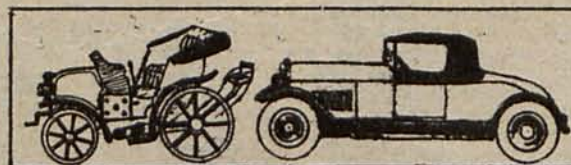
MAGDALENA S. CANTILLO.
Diez años. Sevilla.



Un acorazado.
FÉLIX BASTARRECHE.



Pinocho a 100.
VICTOR JOSÉ GIL.



Automóvil en 1897 y automóvil en 1927.
ALBERTO SENTE

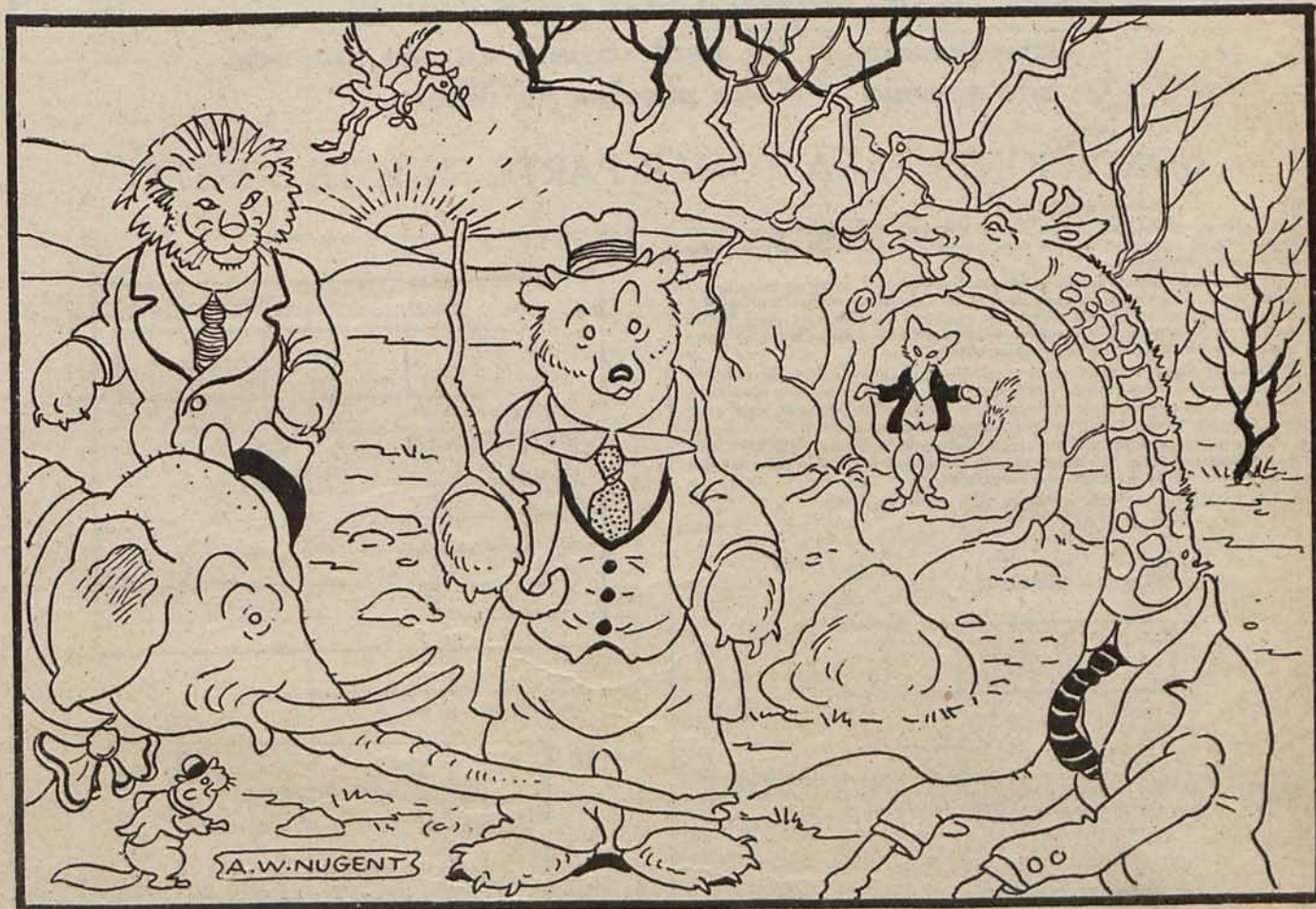


Mi autos.
PACO ANTONIO ABADAL.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿DÓNDE SE HALLA?



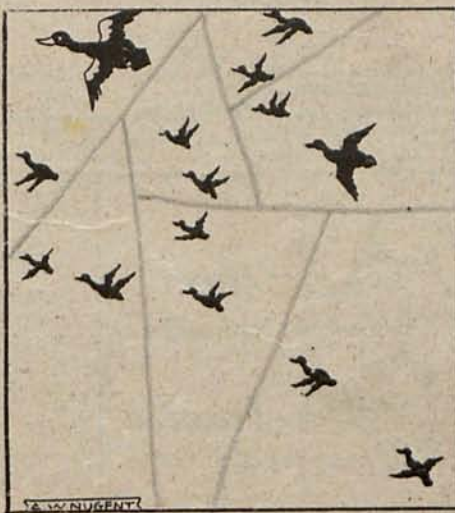
¡Asombroso! Se ha perdido un elefante. El más viejo elefante, el mayor elefante de la selva se ha perdido. La jirafa, el león, el lobo, ¡hasta el águila, con sombrero flexible y gafas!, buscan al elefante. Hallad al elefante, queridos pinochistas, y habréis hecho una gran merced a la selva.

DIBUJO CON ERRORES

Cinco objetos hay representados en este dibujo y cada uno tiene un defecto. Como son tan pocos los defectos o errores que debéis de buscar, perdonadme no os indique uno como ejemplo. Además, todos sabéis ya en qué suelen consistir estos errores. Si, por acaso, hubiera algún niño que no lo supiera, con ver algún número atrasado quedará perfectamente enterado. ¿Cuáles son estos errores?



EMIGRANTES



Todos sabéis que ciertas aves, en determinadas épocas del año, emigran a otras regiones del planeta que tienen temperaturas o medios de vida más adecuados para su vida. Esta bandada de aves se alejan en busca de esas tierras. Si os fijáis un poco, veréis que van volando en tal disposición, que trazando entre ellas tres líneas quedarán divididas en 7 grupos y en cada grupo 2 aves.

GRAN SORTEO DE NAVIDAD DE 1927 PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

- Primer premio... Un «auto» Citroen.**
Segundo premio. Una gran bicicleta.
Tercer premio... Doscientas pesetas en dinero.
Cuarto premio.. Un baúl «trousseau» de muñeca.
Quinto premio.. Cien pesetas en dinero.

CONDICIONES PARA TOMAR PARTE EN ESTE SORTEO

1.ª Hemos publicado dieciséis cupones para este sorteo. Estos cupones se recortarán y se pegarán en su sitio correspondiente en la *plantilla* que publicamos en la página siguiente.

2.ª También se puede mandar la *plantilla* aunque no se conserven todos los cupones o aunque se tenga solamente algunos. En este caso se enviará la *plantilla* y, además, tantos sellos de a *real* (veinticinco céntimos) como cupones falten. **Estos sellos no deben nunca pegarse a la *plantilla*. Los sellos que vengyan pegados no tendrán ningún valor.**

Ejemplos: Tienes dieciséis cupones; pues los pegas a la *plantilla* y la envías sin añadir ningún dinero en sellos. Tienes diez cupones; pues los pegas y añades seis reales en sellos para sustituir los seis cupones que te faltan. No tienes ningún cupón; pues tendrás que enviar dieciséis reales en sellos con la *plantilla*.

Cuando con la *plantilla* venga dinero en sellos es **NECESARIO** certificar la carta. No será válida ninguna *plantilla* que traiga dinero en sellos y venga sin certificar.

3.ª En la *plantilla* hay un espacio de cinco casillas como éste

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

en el cual debe escribirse un número de los que entran en el sorteo de la lotería de Navidad, o sea del 1 al 60.000. Cada cifra se escribirá claramente en una casilla. Así, por ejemplo, si se elige el número 59.863 se escribirá así:

NÚMERO ELEGIDO

5	9	8	6	3
---	---	---	---	---

4.ª Se escribirá también, en el sitio reservado para ello en la *plantilla*, el nombre y dirección completa del Pinochista remitente.

5.ª Una vez hecho todo esto, se meterá en un sobre la *plantilla* y se escribirá en el sobre, con letra clara, la dirección en esta forma:

A Pinocho
(Para el Sorteo de regalos)

Madrid
Apartado 447

En la otra cara del sobre se escribirá lo siguiente:

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

REMITENTE

Apellidos

Nombre

Población

Calle, núm.

Provincia

De modo que el sobre deberá quedar en esta forma:
 Por el anverso (o derecho), así:

A Pinocho
(Para el Sorteo de regalos)
Madrid
Apartado 447

y por el reverso (dorso o revés), así (por ejemplo):

Número elegido

0	2	7	4	4
---	---	---	---	---

Remitente

Apellidos = *Gomez de la Torre*

Nombre = *Clodomiro*

Población = *La Higuera*

Calle = *del Casino-n.º 7*

Provincia = *Avila*

6.ª Entrarán en sorteo todas las *plantillas* que recibamos completas (es decir, con dieciséis cupones o con un real en sellos por cada cupón que falte) antes del 10 de diciembre de 1927. Las que por cualquier causa lleguen después del 10 de diciembre no entrarán en sorteo aunque sean de América.

7.ª Tampoco entrarán en sorteo las *plantillas* que recibamos sin ajustarse estrictamente a estas condiciones.

8.ª Cada Pinochista puede enviar tantas *plantillas* como quiera, poniendo en cada una un número diferente; pero todas han de venir con los cupones o, en su defecto, con el importe correspondiente a razón de veinticinco céntimos en sellos por cada cupón.

9.ª Los premios serán, respectivamente, para aquellos que hayan elegido los números más aproximados a los de los premios primero al quinto, ambos inclusive, del sorteo de la Lotería Nacional del 22 de diciembre de 1927.

10 El tomar parte en este sorteo implica la aceptación de todas sus condiciones y la sumisión a la autoridad única e inapelable de PINOCHO para cualquier caso de duda, discrepancia o imprevisto, así como la renuncia a toda clase de reclamaciones por cualquier concepto.

PLANTILLA remitida por

D.

Población

Calle núm.

Provincia

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 1. Aquí se pega el	Cupón número 2. Aquí se pega el	Cupón número 3. Aquí se pega el	Cupón número 4. Aquí se pega el
Cupón número 5. Aquí se pega el	Cupón número 6. Aquí se pega el	Cupón número 7. Aquí se pega el	Cupón número 8. Aquí se pega el
Cupón número 9. Aquí se pega el	Cupón número 10. Aquí se pega el	Cupón número 11. Aquí se pega el	Cupón número 12. Aquí se pega el
Cupón número 13.	Cupón número 14.	Cupón número 15.	Cupón número 16.

SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE
PIRULA, COCI-
NERA

ANÉCDOTAS DE PIRULA



*Receta de octubre:
Espinacas Rosaluz.*—
Me dejáis estupefac-
ta. ¿De modo que no
os gusta las espinac-
as? Sin duda, igno-
ráis que es ésta una

de las verduras más sanas y bienhechoras que existen y que, además, tiene una virtud sorprendente: la de embellecer a las niñas, dando a sus mejillas un matiz sonrosado ideal. Este es un gran secreto que me fué confiado por una lindísima heroína de cuento, la princesita Rosaluz. Me dijo así:

—¿Tú ves, Pirulinda, lo bella que soy? ¿Tú ves que, de tanta como es mi belleza, son innumerables los príncipes que acuden de todas las partes del mundo a disputarse mi mano? Pues bien; has de saber que yo nací fea, y fea hubiera seguido siendo toda mi vida, a no ser porque mi hada madrina me dió el medio de volverse guapa; este medio te lo voy a confiar a ti, pero solamente para que se lo digas a tus Pirulindas; a nadie más.

—¡Habla, habla, Rosaluz! —exclamé yo, llena de curiosidad.

—Mi secreto de belleza —declaró ella entonces— consiste en comer con frecuencia un plato de cierta verdura dotada (pero esto no lo sabe nadie) de un poder mágico.

Esa verdura era... la espinaca.

¡Ya veis si hay razones para que os agrade! Además, eso de que no os gustan las espinacas sería hasta ahora; desde el momento en que las probéis hechas según la receta que os voy a indicar ahora mismo, las espinacas se convertirán en vuestro plato favorito y hasta desbancarán, en la lista de vuestras predilecciones gastronómicas, al arroz con leche, los bombones de chocolate y las patatas fritas a la inglesa. ¡No os digo más! La receta es como sigue: Se limpian y lavan cuidadosamente las espinacas, mudándoles varias veces el agua hasta que estén limpias por completo; se les quitan las colas y se exprimen. Se echan en agua hirviendo, se dejan cocer unos minutos, se retiran, se sumergen en agua fría y se estrujan para quitarles toda el agua. Se pican, no demasiado menudo, y se echan en una cacerola con un pedazo de mantequilla del tamaño de un huevo. Cuando la mantequilla está derretida, se espolvorean con un poco de harina, se agitan, se añaden dos o tres cucharadas de caldo, sal y pimienta y se sirven, muy calientes, adornadas con unos cuantos picatostes. Puede sustituirse el caldo por agua y los picatostes por pedazos de huevo cocido. Estas espinacas también pueden convertirse en un plato dulce. Para ello se le añade azúcar y se sustituye el caldo o agua por un huevo diluido en una poca de leche. De cualquiera de estas maneras, las espinacas resultan sabrosísimas, y merecedoras del bonito nombre de Rosaluz, que le he dado a la receta, en recuerdo de la linda princesita que para vosotras, Pirulindas, me confió el secreto al cual ella y muchas otras heroínas de cuentos de hadas debieron su belleza maravillosa.



Una ocurrencia de Rossini.—Aun cuando no hubierais sabido ya (que sí que lo sabíais, naturalmente) quién era Joaquín Rossini, aquel célebre músico que vivió en la primera mitad del siglo pasado, autor, entre otras óperas admirables, del famoso «Barbero de Sevilla», con sólo leer su apellido hubierais adivinado que era italiano.

Es gracioso, ¿verdad?, que la mayoría de los nombres italianos terminen con «i» (desde «macarroni» hasta Mussolini), y los nombres rusos en «sky» o en «of» (como, por ejemplo, Dostoyewsky, el gran novelista, o Matías Sandorf, el héroe de una novela y de una película) y los nombres españoles en «ez»: López, Pérez, Jiménez, González, Rodríguez, Gómez, Alvarez y así casi hasta el infinito.

Volviendo al gran Rossini, nos interesa doblemente a nosotras, niñas y muñecas, ya que antes de ser un músico ilustre fué un niño extraordinariamente trabajador, aplicado y listo. Figuraos que, desde muy pequeño, él se ganaba la vida y aun

ayudaba a sus padres, que eran muy pobres, tocando el órgano y cantando en las iglesias. Y lo más notable de todo es que aprendió música él solito, sin maestro alguno, trabajando con el ahínco que os podéis suponer para llegar a ser glorioso en el mundo entero.

Después de hablaros de los méritos del gran Rossini, casi me da pena tener que confesar que tenía un defecto bastante feo: era tacaño, pero tacaño hasta lo inverosímil. Y no he tenido más remedio que confesároslo, para referiros la siguiente anécdota, que lo demuestra de una manera bastante divertida:

Rossini había nacido en la pequeña ciudad italiana de Pésaro y un día una Comisión de paisanos suyos (¿si se llamarán «pesarosos»?) fué a anunciarle que iban a encargar su busto en mármol blanco para colocarlo en la plaza pública de la ciudad.

Rossini reflexionó un instante; luego preguntó:

—Y ¿cuánto costará ese busto?

—Unas doce mil liras —le contestaron.

(La lira ya sabéis que es la unidad monetaria de Italia, como la peseta lo es de España, el franco de Francia, el marco de Alemania, el chelín de Inglaterra y la corona de Austria.)

Entonces, Rossini exclamó:

—Pues bien, amigos míos, os propongo un buen negocio: no encarguéis el busto, dadme a mí diez mil liras y prometo que los días de gran gala iré yo mismo en persona a colocarme sobre el pedestal. De este modo, la plaza pública se adornará con el original en lugar de la copia, vosotros habréis ahorrado dos mil liras... y yo habré ganado diez mil. ¡Y todos tan contentos!

Pero parece ser que los «pesarosos» no aceptaron esta ingeniosa proposición.

